

lliures, José, Juan Antonio y Mariano; pero del otro artista de la familia, Blas Benlliure, tengo la primera noticia hoy. Y si esto me sucede a mí, que soy algo aficionado y vivo en Madrid y he estado en Roma en el estudio de Benlliure, ¿qué será a los diez y seis millones y novecientos noventa y nueve mil españoles restantes?

No se trata ahora de aquilatar el mérito absoluto de estos artistas, vivos, jóvenes aún, y para quienes tardará en venir la posteridad, con sus fallos decisivos, imparciales e irrevocables. Acabo de leer dos artículos: uno en *El Heraldo*, supongo que de Saint Aubin, donde se hace su apología; otro en *El Nacional*, del Sr. Pedre, donde pone al escultor como digan dueños. Situémonos a igual distancia de todo apasionamiento, y confesemos que las esculturas de Mariano Benlliure son acaso las que con mayor unanimidad se aprecian hoy en España. No recuerdo si aquí mismo he manifestado la impresión que me produjo su *Sepulcro de Goyarre*. Fue gratísima. Ya sé que aquella es escultura nerviosa, no muscular. Pero ¿por qué hemos de desdeñarla?

Aquella creación delicada y feliz actuaba sobre los nervios y la fantasía. No era escultura, dicen los severos. No importa. Alguna vez nos cansaríamos de lo macizo, de lo clásico. El *neurosismo* del arte actual penetra, no sólo en la literatura, la música y la pintura, sino en el taller del escultor, del cual parece que debieran alejarlo las tradiciones. La escultura, cuando se deja dominar por los nervios, es arte de decadencia, pero gana en expresión lo que pierde en solidez. Por este camino ha ido mil veces la escultura; no es de hoy el afán de ensanchar sus horizontes venciendo el obstáculo de la materia, de la gravedad, que sufre la escultura más que ningún otro arte. Lucca y Andrea della Robbia, sin ir más lejos, eran nerviosos, expresivos, en medio de su exquisita elegancia de florentinos del *quattrocento*. Expresivos han sido nuestros escultores en madera, sin exceptuar al mismo Alonso Cano, de tan clásico estilo. Acaso el mármol se opone a esta reivindicación de libertad; acaso la cera, el barro, la madera, dan más vado al capricho y a la novedad fantástica. El mármol y el bronce exigen la majestad y pureza de la línea en primer término. Figuraos un relieve de Susillo en barro y en mármol, y os daréis cuenta de esta diferencia. ¿Cuándo rehabilitarán la escultura en madera? ¿Cuándo se vuelve a encarnar y estofar, como en los siglos xv, xvi y xvii? ¿Cuándo se reconocen los derechos de la policromía, no desdeñada por los mismos griegos?

\*\*\*

Volviendo a la familia de Benlliure, encuentro en ella una de las leyendas más frecuentes en las biografías de artistas y escritores: la de la precocidad. José Benlliure, el pintor, expuso cuadros a los doce ó trece años, y nada menos que cuadros históricos y de asunto tan serio como *El cardenal Adriano recibiendo a los jefes de las Germanías*. A la misma edad, el *bambino* se trasladó a Madrid y se dedicó en el Museo a copiar a Velázquez. Esto ocurría el año 1872, reinando el caballeresco D. Amadeo de Saboya. Llegó a sus oídos el caso notable del rapazuelo artista, y el monarca facilitó recursos al muchacho y le encargó un retrato del príncipe de Asturias. A los diez y nueve años, Benlliure ganaba un premio en Exposición. — Pero tanta precocidad se queda chiquita al lado de la de su hermano Mariano, que a los nueve años modelaba en cera un grupo, y a los once la estatua ecuestre del rey Alfonso. No sé si el retratista, Juan Antonio, habrá sacado, a los cinco años de edad, el parecido.

Estos niños, aunque precoces, no han vivido poco: su existencia es hermosa, rica en producción. Tengo yo la fortuna de no ser en arte nada intransigente; me gusta lo fuerte y majestuoso, pero también lo fino, delicado y bonito. Cuando oigo decir que Mariano Benlliure y el malogrado Susillo no poseen más que gran habilidad y destreza, un *faire* sorprendente, y que les falta la amplitud y energía de un Rodin y la solidez y realismo de un Carpeaux, no discuto. Acaso lleven razón los que así juzgan, dentro de una técnica rigurosa y estrecha; pero cuando he visto aquel sepulcro de Goyarre, tan inmaterial, tan gracioso, tan aéreo, he experimentado un goce, que no por ser distinto del que me produce el grupo de la *Dansa*, en la *Grande Opera*, deja de ser legítimo y verdadero.

¿En qué consisten las decadencias? ¿Cómo se miden? Ardua empresa sería marcar sus límites justos. Escultor de decadencia es el Bernini; y no conozco obra helénica que me atraiga y subyugue más que su *Santa Teresa en éxtasis*. No me asusta la palabra *decadencia*. Sé que con ella es fácil condenar las tres cuartas partes de la producción artística. Y cuenta

que si en algún ramo del arte se ha llegado a la perfección en una época dada, y cabría el exclusivismo para aproximarse a aquel ideal, es en la escultura. Mas ni la escultura ni ningún ramo del arte pueden permanecer fijos en un momento de su historia. A principios del siglo la pintura se afaná por parecerse a la estatuaría; hoy la estatuaría se afana en romper sus líneas asemejándose a la pintura.

\*\*\*

Hay momentos en que la Naturaleza atrae más que el Arte. Fiesta de la Naturaleza, del solsticio de verano, es la que se celebra en estos días de San Juan y San Pedro. En las poblaciones, verbenas, con sus farolillos, sus puestos de golosinas, de avellanas, torrados y almendras; sus buñolerías, sus horchatas y refrescos, su típica mezcla de gente *smart* y gente del bronce, de damas que por un instante gustan de mezclarse con el pueblo, y de airoas chulas con sus mantones de Manila ricamente bordados; y en el campo, hogueras ó, como en mi país se dice, *lumeiradas*, alrededor de las cuales bailan en círculo mozos y mozas, en las cuales la rama del pino exhala su resinoso efluvio y chisporrotea lanzando a lo lejos las partículas encendidas que, según la creencia popular, son espíritus que desde el fuego se lanzan al infinito espacio...

¿Por qué se festeja tanto, en todas partes, entre los Juanes al Bautista? No encuentro explicación satisfactoria. No es que no lo merezca; todos los santos merecen todo; pero vamos, que no son costal de paja el Evangelista, el Crisóstomo, el de Dios, el de Mata, el Clímaco, el Damasceno, el de Ribera, el de Sahnún, el de Regis, el Nepomuceno, el Silenciaro, el Limosnero y el Taumaturo. Acabo de leer un artículo de Sánchez Pérez, por cierto muy ingenioso, donde se entretiene en contar los San Juanes del Santoral, para venir a sacar en limpio que, de los sesenta y un Juanes y Juanas puestos por la Iglesia en los altares, no hay más que uno a quien se recuerda, festeja y solemniza; y es la noble víctima de Herodías, el severo censor de Herodes, el primo de Cristo, que saltó de gozo en el vientre de su madre Isabel cuando se acercó a abrazarla la Virgen encinta del Mesías.

La misma Iglesia, no contenta con celebrar su Natividad, dedica una fiesta a su Degollación; conmemora aquel episodio, que tanto ha inspirado al arte, de la danza premiada con una sangrienta cabeza en una fuente. Desde Botticelli hasta Puvis de Chavannes, el asunto ha tentado a los artistas. Pintores y escultores se han apoderado de la tragedia del castillo de Maqueronte, y algunos cuadros de la escuela española, atribuidos a Murillo, lo presentan en todo su horror: la cabeza lívida sobre la fuente, entre coagulada sangre, y al lado la espada que la segó de los hombros.

\*\*\*

Cierto es que la historia de San Juan Bautista debió de causar terror y enojo en sus contemporáneos. Era San Juan, si así puede decirse, una especie de tribuno, a cuyos acentos prestaba resonancia el estado de Judea, perdida su independencia, sometida al yugo extranjero y sumida en el envilecimiento y en la corrupción. Aunque la idea y definición de la patria sea moderna, el sentimiento es antiguo; y los judíos, al escuchar al Bautista, debieron experimentar el bochorno de su condición humillante. El Precursor era popular. Aunque clamaba en el desierto, á escucharle acudían millares de hombres. El aspecto de su cuerpo tostado y desecado por el sol y el ayuno — su alimento eran langostas y miel silvestre — de sus pupilas de fuego, de su cabellera y barba incultas, esparcidas como una aureola alrededor de las expresivas facciones; la piel de camello que ceñía sus lomos, su única vestidura; la severidad y energía viril de sus acentos, todo era parte á conmover y persuadir á aquel pueblo habituado á los videntes y que reconocía en el hijo del sacerdote Zacarías al último profeta de Israel. Tal fe inspiraban sus predicaciones, que después de que Herodes Antipas, tetrarca de Galilea, le hubo encerrado en una mazmorra del castillo de Maqueronte, la multitud se precipitaba á oír su voz al través de la reja de la cárcel. Y Juan, cargado de cadenas, seguía predicando; porque el tirano había encadenado sus miembros, pero no su espíritu y su voz. Esa fué la causa de su muerte. Herodías sólo le pedía silencio: al ver que no callaba, aspiró á degollarle, y se cuenta que, cuando al fin tuvo en su poder la lívida cabeza, con la aguja de su pelo atravesó la lengua, como Fulvia la de Cicerón.

EMILIA PARDO BAZÁN.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

### UN POCO DE ARTE

Con motivo de los premios otorgados en la Exposición á los envíos españoles, se habla mucho de arte estos días, y se discute el valor, significación y alcance de esas medallas de honor que reparte Francia entre las naciones.

En España, como no está muy difundida la cultura artística, y se juzga, en general, por lo que se oye antes que por un criterio independiente, las medallas tienen más resonancia que las obras. Debería ser lo contrario. Una obra tiene significación positiva y representa una personalidad. Pero la medalla es el juicio *hecho*, el juicio que no es necesario fundar en la reflexión y el conocimiento, que se acepta con la aquiescencia involuntaria que prestamos á la autoridad, venga de donde venga y por el solo hecho de serlo.

\*\*\*

Entre los premiados ahora en París se cuenta un individuo de una de esas familias de bendición como a veces aparecen en la historia del arte: un Benlliure. Sería curioso averiguar por qué fenómeno fisiológico brota en una estirpe la vena artística, ya en una misma generación, ya en varias sucesivamente. El hecho es constante, y de él dan testimonio, por no hablar sino de nuestros días, las familias de D. Vicente López, el insigne retratista; de D. José Madrazo, en tan larga dinastía perpetuada; de D. José Balaca, padre de dos pintores estimables; de los Bellver, escultores; de los Camurón, de los Ferrant, Jiménez Aranda, Masriera..., y tantos y tantos que podrían añadirse á la lista. Una advertencia conviene hacer, y es: que siempre se perjudican algo unos á otros los dinastas. Por lo pronto, á no mediar una superioridad extraordinaria y sin discusión reconocida (el caso de D. Vicente López), fácilmente se produce la confusión: la gloria se distribuye y atenúa, y se diría que toca á menos á cada cual, que el público la tasa más avaramente. Como la gran fecundidad, antaño tenida por cualidad gloriosa, ha venido á ser una especie de falta ó de abuso en el artista, éste no gana nada con que el vulgo mal enterado le atribuya las obras de sus hermanos, padres ó hijos, máxime si son flojas. Que sean los Benlliures dedicados al arte prueba que hay en esa raza una veta de oro; y al mismo tiempo, es causa de que cuanto hace un Benlliure resulta multiplicado por cuatro, para los profanos, que son la mayoría.

\*\*\*

¡V qué diablo! Todos somos algo profanos en la materia. Yo conocía y admiraba trabajos de tres Ben-